



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO III.

Orihuela 4.º de Febrero de 1885.

Núm. 41.

Varios periódicos así políticos como exclusivamente religiosos han elevado á Su Santidad una fervorosa profesion de su fé y de su adhesion á la Santa Sede. «La Lectura Popular» que por su insignificancia no merece llamarse periódico, sino humildísima hoja, desea sin embargo figurar entre los primeros, al tratarse de dar al Padre comun de los fieles una muestra de amor filial y de adhesion absoluta.

Unimos, pues, nuestra voz á la de nuestros compañeros en la prensa, y hacemos nuestras todas sus declaraciones de respeto, de amor y de sumision hácia aquel que representa en la tierra á Jesucristo señor nuestro.

LOS TERREMOTOS

DE ANDALUCIA.

Las nueve de la noche serian próximamente cuando el dia 25 de Diciembre comenzaron á sentirse, en toda la parte meridional de España, los terremotos que han asolado gran parte de las provincias de Granada y Málaga. Muchos pueblos de estas fértiles comarcas han quedado convertidos en un monton de ruinas. Sus habitantes aplastados bajo los escombros ó vagando por los campos sin casa ni hogar, sujetos á las inclemencias de la estacion, hambrientos y desnudos.

Uno de los pueblos que más han sufrido, es Alhama de Granada. De más de mil setecientas casas de que se componia este pueblo, apenas queda ninguna en pié; de entre los escombros se han podido desenterrar hasta la fecha más de 300 cadáveres, ignorándose los que aún quedan sepultados entre las ruinas. Las Iglesias han quedado completamente destruidas; en un coche situado en la plaza se ha instalado la parroquia con la sagrada Forma; allí se administró el dia 2 el sacramento del Bautismo á dos niños.

Las cinco Hermanas que habia en el hospital de la Orden de Mercenarias, con su superiora Sor Dionisia, se ocupan sin descanso en sacar heridos de las casas, y llevarlos al hospital que se ha improvisado, cuidando además de ellos y guisando lo poco que hay para darles de comer.

Otro de los pueblos que más han sufrido es Albuñuelas, donde tambien han quedado destruidas todas las casas y sepultados entre los escombros gran número de habitantes. En este pueblo fué donde al sentirse el primer terremoto y hallándose el señor cura párroco sentado en un sillón junto á la lumbre, y cerca de él su cuñado el maestro de escuela, se hundió la casa, sepultándose entre sus ruinas.

En una habitacion próxima se hallaba una prima del cura, la cual quedó enterrada hasta el pecho entre los escombros, y pasó la noche en esta horrible situacion. No pudiendo las autoridades y vecinos salvarla en aquellos instantes, colocaron al lado de su cabeza un farol encendido.

En el espantoso silencio que siguió á la catástrofe, la infeliza oia el rezo del cura, que, sepultado bajo los escombros á sus piés, se encomendaba á Dios.

A la media hora cesó el rezo; el desgraciado cura había espi-

rado. Aunque sacada de tan horrible situacion al siguiente dia, la pobre señora no pudo resistir tan terribles impresiones y el martes murió en Saleses, á donde habia sido conducida.

De estas escenas se cuentan muchas.

Una jóven se hallaba galanteando cuando de repente se le vino encima el techo y quedó sepultada en los escombros.

Una pobre señora embarazada, despues de presenciar en su familia horribles escenas, huyó por el campo y se metió en una cueva, cogióle allí el parto y allí dió á luz sola y abandonada en medio de las tinieblas y de un frio horroroso.

Un pobre padre salió en busca de sus hijos y solo pudo recoger trozos de sus cráneos y miembros destrozados, que echaba en la falda de su madre para encerrarlos despues en un arca y enterrarlos en su huerto, por haberse hundido tambien el cementerio.

A todo esto no solo temblaba la tierra y se abrian los montes y rodaban las peñas, sino que los rayos y truenos de una desecha tempestad venian á completar el cuadro.

Baste decir que se han abierto simas donde se precipitan rios, y que se han hecho grietas que cuentan kilómetros de longitud. No es extraño, pues, que la mayor parte de los pueblos de la fértil y extensa vega de Granada, Durcal, Pulianas, Canciu, Jayena, Cijuela y Moraleda yazcan en el suelo, y sus habitantes huyan despavoridos. Tambien han quedado medio destruidos los pueblos de Berchules, Otura, Guajar, La Malá, Cañar, Capileira, Campotejar, Iznalloz, Ferreirola, Nigüelas, Lanjaron, Jatar, Mecina y otros muchos.

El célebre molino de la Parrilla donde tuvieron lugar los dramas de la mano negra ha sido destruido pero por la mano de Dios. No queremos hacer consideraciones.

En Otivar se ha hundido la tercera parte del pueblo.

Solo cesan de llorar aquellos desgraciados para dar vivas á la Virgen, á Jesús, María y José, hallándose cada olivo convertido en templo de oracion, por haberse refugiado bajo ellos el pueblo.

El número de heridos es grandísimo, y por todas partes se vé á los párrocos, sacerdotes y personas caritativas multiplicarse, llevando socorros á todas partes y utilizando los pocos medios de que en los primeros momentos podian disponer.

El pueblo de Murchas ha sido terriblemente azotado.

En Arenas del Rey, el pueblo está convertido en un monton de ruinas.

Hasta la fecha de las últimas noticias se han extraido 130 cadáveres, y se supone que hay sepultados bajo los escombros hasta 200. (1) Estos cuerpos en descomposicion y unas doscientas caballerias ya en putrefaccion, producen miasmas insoportables que pudieran ser causa de otras enfermedades. El pánico es indescriptible. Los heridos pasan de 200: muchos han huido, y otros están albergados en chozas y cortijos inmediatos al pueblo.

En Comares (provincia de Malaga) el pavor del vecindario, que contemplaba desde el campo á la arruinada poblacion, llegó á un grado indescriptible cuando vió el 27 que de una quebradura situada en las inmediaciones del pueblo comenzaron á desprenderse enormes peñascos.

(1) Hoy se sabe que los cadáveres son cerca de setecientos.

En Antequera, Loja y Motril también han desaparecido multitud de casas particulares y la mayor parte de las Iglesias.

Igual suerte han sufrido los pueblos de Arches, Alfanatejo y Periana. Los caminos en muchas partes, han quedado deshechos, por haber caído grandes peñascos sobre ellos. En otras se han hundido terrenos, abriéndose profundas simas y cortaduras, y el pánico es tan grande en aquellas regiones que los infelices creen llegado el fin del mundo.

En Nerja se ha cuarteado la ermita de las Angustias, a consecuencia de lo cual las ceremonias del culto religioso se verifican al aire libre.

En Velez-Málaga pasan de quinientas las casas que resultan inhabitables.

En Algarrobo la población está desierta y sus habitantes huyen despavoridos por los campos.

Muy largo sería referir minuciosamente, pueblo por pueblo, los detalles de tan espantosa catástrofe; baste decir que casi todos han quedado destruidos total o parcialmente y sus habitantes, sin casa ni hogar, vagan despavoridos, hambrientos y desnudos, viendo destruidas sus haciendas y temiendo que nuevos terremotos prolonguen indefinidamente su crítica situación.

En tal estado los pueblos acuden á Dios, y por todas partes hacen rogativas y procesiones alabando al Señor, llorándole, como á Padre común que es, sus penas y desgracias. A María Santísima de las Angustias acuden los granadinos, y al eficaz amparo de esta gran Señora, su patrona y especial protectora, atribuyen que la ciudad de Granada se haya conservado hasta ahora casi ileso en medio de tantas ruinas; y sus moradores se vean sanos y salvos en medio de la universal desolación que les rodea.

* * *

Para que nuestros lectores puedan formarse una idea del estado de los ánimos en los pueblos destruidos por los terremotos, copiamos lo siguiente de una persona que ha visitado aquella región:

Describe las escenas de aturdimiento y contrición de aquellos habitantes durante la noche que tuvo que permanecer en Santa Cruz albergado como los vecinos en las barracas de las eras, y termina refiriendo del modo siguiente la impresión producida por uno de los temblores que le sorprendió á hora avanzada de la noche:

«De pronto se escucha un rugido, así como un cañonazo, que repiten los ecos de las montañas; y seguidamente, el suelo trepida convulso, y se mece despues, oscilando de Norte á Sur, como una cuna.

—Dios mío, ¿qué es esto?—Dijeron los expedicionarios sosteniéndose contra la barraca.

—No es nada; un terremoto de los más pequeños que aquí se sienten todas las noches—les contestaron, y tan poca impresión produjo en aquellos espíritus embotados por el sufrir, que el rezo no se suspendió un instante, oyéndose distintamente, entre el rugido subterráneo y el fragor de tierra estremecida, el coro que seguía rezando, en la soledad de la noche, y al rededor de las hogueras.

Por las ánimas benditas
que en el purgatorio están,
¡que Dios las saque de penas
y las lleve á descansar!

Era un espectáculo imponente y aterrador.

De cuando en cuando se oían rugidos parecidos á cañonazos que hacían trepidar la tierra: eran pequeños terremotos, á los que seguían nuevos rezos.

Sabido es que el pueblo andaluz expresa en cantares sus sentimientos religiosos. De cuando en cuando se oían algunas de esas fervientes oraciones:

Virgen Santa, te imploramos
con ojos llenos de llanto,
que no tenemos Señora
ya más casa, que tu manto.

Padre Jesús Nazareno
y Madre de las Angustias,
no dejéis de protegernos,
que son nuestras penas muchas.

Efectivamente muchas, muchísimas son las penas que hoy nos afligen por todas partes; revoluciones, inundaciones, epidemias, frios terribles, espantosos terremotos; y sin embargo aun no abrimos los ojos para comprender nuestros yerros: la blasfemia cunde, la santificación de los días de Dios se olvida y se desprecia, el orgullo humano con la burla pintada en el rostro, hace befa de la fé y de la piedad: en el mundo ya no hay más que política y negocio: basta hablar de Dios; basta nombrar á Cristo

para verse herido por el arma del ridículo, como diciendo ¡quién piensa en eso! Los que más hacen, creen hacer demasiado practicando algunos actos de religion que no exigen sacrificio, y obrando en lo demás como aconseja lo que ha dado en llamarse la ley de la conveniencia: en una palabra, vivimos en plena idolatría; idolatría de frac y guante blanco, idolatría muy culta y muy ilustrada y de muy buenas formas; pero al fin idolatría grosera, que si no adora á los falsos dioses en altares de barro, los adora dentro de su corazón que es peor. Si; en ese altar en que debia adorarse al Dios verdadero en espíritu y en verdad se adora hoy más que nunca á Baco y á Venus y á Mercurio. La antigua idolatría no fué más que una figura, comparada con la nuestra; á aquel gentilismo antiguo le faltaba luz: vió la luz y se abrazó á ella; nosotros verdaderos idólatras de corazón tenemos la luz y no queremos verla; no es extraño que Dios nos despierte al ruido de las grandes catástrofes: no es extraño que nos sacuda como lo hace el padre con el hijo que se le rebela. Quiera su misericordia que la sacudida nos haga una vez abrir los ojos para enderezar cada cual nuestro camino, porque con seguridad ninguno lo llevamos derecho.

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD.

Hé aquí tres palabras que parecen modernas, cuando no son sino muy antiguas; se las ha disfrazado de revolucionarias, cuando en el fondo son únicamente cristianas; se las ha llamado con énfasis el dogma nuevo, cuando en realidad fueron siempre la base y la ciencia del dogma viejo.

Muy antes de que la Revolución adornase con ellas su famoso triángulo, las habia ya leído el mundo entero en los tres brazos del árbol de la santa Cruz. Porque en esto, como en tantas otras novedades del siglo, no hay progreso, conquista, invención, ni otra alguna de las mil zarandajas que se nos vienen ponderando todos los días; hay pura y simplemente una falsificación.

El diablo, ha dicho con gráfica frase un gran Padre de la Iglesia, es la mona de Dios, *simia Dei*; por lo mismo las obras satánicas son siempre un remedio, una parodia de las obras divinas. ¿No les oís á sus corifeos llamarse á sí propios redentores de la humanidad? ¿No les veis tan huecos con lo que llaman su misión, su sacerdocio? ¿No os han hecho reír á carcajadas los calificativos de sagrada, de santa, de sacrosanta con que condecoran al punto la más infeliz de sus diabluras? Parodia, vil parodia.

Volviendo, pues, á mi primer tema, es lo cierto que el primero que declaró libres, iguales y hermanos á los hombres fué Jesucristo, y no sólo los declaró tales, sino que con su ejemplo y con sus leyes les enseñó á serlo de veras, con lo cual vean mis lectores si es ó no cosa legítimamente suya el lema de libertad, igualdad y fraternidad.

Hé aquí lo que con toscas y mal trabadas razones, pero con gran fondo de verdad y de buen sentido, decíame pocos días há un hijo del pueblo, Anton, amigo mío, católico de corazón y trabajador por más señas. Era sábado aquel día, y venia mi hombre de su fábrica,—es decir, de la de su amo,—contento y satisfecho con el jornal de la semana que acababa de cobrar; sucias aun las manos, y grasienta la blusa de recio algodón azul; sereno el semblante, en que se reflejaba la serenidad de la conciencia; alta la frente y firme el andar, como quien no tiene de qué avergonzarse. Emparejé con él, porque has de saber, oh lector, que me honro con tales amistades, y en seguida fué rodando la conversación sobre los asuntos del día, ¿quién no se ocupa de ellos? hasta venir á caer en las palabras que habian de darme pié para este librejo.

—Claro, señor mío, claro, me decía el buen trabajador arqueando las cejas y acariciando repetidas veces su bigote y perilla, negros como el azabache. No temen á Dios, ni observan su ley, ni aman á sus prójimos; ¿cómo han de ser libres? ¿cómo han de ser iguales? ¿cómo han de ser hermanos? Ignorante soy y no alcanzan muy hondo mis pobres filosofías; pero sólo con tener un poquito de lo de aquí y de lo de aquí,—y con la mano señalaba respectivamente la frente y el corazón,—he caído en la cuenta de que únicamente con el Catolicismo puedo poseer la libertad, igualdad y fraternidad que tantos andan por ahí buscando, sin lograr más que romperse los cascos y, lo que es peor, perder el alma tras ellas.

Porque ahí donde V. me ve, amigo mío, prosiguió el honrado Anton, soy el hombre más libre de la tierra. ¿Se rie V.? Pues sepa que lo digo con toda formalidad. El Catolicismo me ha enseñado á acatar

1
La ley humana, cuando no se opone á la divina, no como capricho ó voluntad de un hombre, sino como ordenacion de Dios. Por esto cuando obedezco á una autoridad terrena, llámese alcalde, rey ó república federal, tengo la altivez de creer que no obedezco á hombre mortal, sino al mismo Dios. Y si me manda cosa que se oponga á lo que manda Dios,—ó su Iglesia, que para mí es lo mismo,—tengo la altivez de negarle mi obediencia, aunque arriesgue en ello la vida. Desafío á que se me enseñe otra libertad más noble é independiente que esa que me enseña el Catolicismo. Además, como sé que la ley de Dios no sólo me obliga en lo exterior, sino que alcanza hasta los actos más secretos de mi conciencia, pongo el mayor cuidado en no faltar en lo más mínimo, ni aun con un mal deseo. Por donde—y aquí entra lo bueno—hago siempre lo que quiero, oiga V.: hago siempre lo que quiero, porque nunca quiero más que lo que debo, y cumpla siempre mi soberana voluntad, porque cuido siempre que mi soberana voluntad no se aparte nunca punto ni coma de la voluntad de Dios. Dígame V. ahora, señor mío, ¿quién tiene más derecho que yo para echar la gorra al aire y gritar con todos mis pulmones: ¡Viva la libertad!

—Cierto, repuse; y habeis expresado á vuestro modo lo mismo que ya en la antigüedad dijo un cierto filósofo, de cuyo nombre no me acuerdo: «La verdadera libertad consiste en ser esclavo de las leyes.» Si el tal hubiese sido católico y no un pobre gentil, hubiera cambiado un poquitillo la frase, y hubiera dicho: en ser esclavo de la ley de Dios. ¡Gáspita que teneis razon!

—Pues, por lo que toca á la igualdad, continuó mi amigo, tengo no sé si le llame el orgullo de creerme igual á los más altos, sin que esto me impida la humildad de creerme igual á los más bajos; porque profeso la maxima cristiana de que todos somos iguales ante Dios. La corteza es lo que aquí nos distingue un poco; la corteza exterior hace de aquel un magnate y del otro un mendigo; pero mi fé me enseña que las almas son todas de una misma jerarquia, sin que valga más la del sabio que la del rudo, ni menos la del obrero que la del emperador. En el juicio de Dios no habrá otra distincion que la de buenos y malos, y allí tiene magnífica aplicacion aquello hoy tan flamante y tan democrático de que cada uno es hijo de sus obras. Y aun tengo para mí—y creo no voy desaminado—que á los pobres se nos han de guardar algunas consideraciones que tal vez no se guarden á los poderosos; porque, francamente, al ver que Cristo nace pobre en un portal, y trabaja pobre como yo en un taller, y muere pobre más que yo en una cruz, se me figura que allá en el fondo de su corazon bondadosísimo debe de guardar todavía en favor de los pobres y de la pobreza muy especiales simpatias. No sé quién ha dicho que los pobres son la aristocracia del Cristianismo. Casi, casi me siento orgulloso de pertenecer á clase tan privilegiada. De todos modos es lo cierto que la Iglesia no me dió á mí otro Bautismo que al noble, ni al pié del altar se me dan otro Cuerpo y Sangre de Cristo que los que se dan á mi vecino opulento. Mi mujer y yo hemos recibido igual bendicion nupcial que la que reciben los príncipes; y cuando nos acercamos á los piés del sacerdote para confesar nuestras culpas, á los reyes y á nosotros nos pone la Iglesia en la boca las mismas palabras de humilde acusacion: Yo pecador, yo pecadora.

Y en cuanto á lo de la fraternidad, aquí sí ¡vive Dios! que siento subirme toda la sangre á la cabeza. ¡Fraternidad! ¡Fraternidad! ¿Y qué derecho teneis vosotros, les digo, para tomar en boca esta palabra? ¿Qué haceis por vuestros hermanos? ¿Qué hospitales habeis alzado? ¿Qué hospicios manteneis con vuestras limosnas? ¿Qué pobres visitais? ¿En qué pasais vuestros domingos: en el café, ó en la casa del enfermo? ¿A qué sociedades benéficas pertenecis? ¿Sois de la Caridad cristiana, ó de S. Vicente de Paul? ¿Cuánto suman al fin del año vuestras limosnas? ¡Infelices! ¡Para aliviar una pública calamidad, no sabeis acudir á otro expediente que al de un baile ó una corrida de toros en beneficio de las víctimas! ¡Hasta para hacer bien á los necesitados habeis menester el estímulo de la diversion! Bien haceis en llamar á eso filantropía, que es palabra pagana. Nuestra fraternidad, que es la del Catolicismo, tiene un nombre más hermoso, porque es hijo del Corazon de Jesús; se llama caridad. Y por caridad no nos divertimos, sino que nos privamos de diversiones y nos imponemos sacrificios y arriesgamos hasta la propia vida. Y esto se hace todos los dias entre los hijos de nuestra santa Religion, porque sólo en ella se enseña y se practica la verdadera fraternidad. Decidme, sino, ¿á donde acuden los pobres á pedir limosna: á la puerta de vuestros clubs, ó á la puerta de nuestras iglesias?

Cuando entro en vuestros clubs no veo más que retratos de personajes sangrientos que, segun decís, han sido redentores del pueblo; pero que segun me enseña la historia no fueron más que opresores ó

exterminadores de él. Grandes generales que condujeron á la muerte á miles de hermanos suyos; poderosos gobernantes que en su vida se dignaron fijar los ojos en el pobre pueblo que pisaban con sus botas; propagandistas rabiosos que encendieron en el mundo todas las malas pasiones y dejaron reguero de fuego y llanto por donde pasaron. Esos son los héroes de la fraternidad á la moda. Entro en nuestras iglesias, y en cada altar contemplo héroes de otra clase, que tienen mejor derecho que aquellos á la pública estimacion. Este era hijo de un noble, y lo dejó todo para servir á los apesados; el otro dió su patrimonio para redimir á los cautivos; aquel tuvo á gran gloria llamarse esclavo de los esclavos, y pasó toda su vida en las mazmorras para consolarlos; éste se hizo padre de millares de niños huérfanos que salvó de la muerte y de la desmoralizacion; quién la dió por abrir escuelas públicas de muchachos callejeros, y fundó para eso una Orden; quién se fijó en los agonizantes, y pasó toda su vida junto al lecho de los moribundos. Y todos lo hicieron sin ostentacion, sin vano alarde, sin pretender que se les tuviese en algo tanta abnegacion, pobres, oscuros, sin gloria humana; al revés, sufriendo quizá por sostener su empeño las mayores persecuciones. ¿Conoceis estos héroes? Se llaman Francisco de Regis, Vicente de Paul, Pedro Claver, José de Calasanz, Camilo de Lelis, Pedro Nolasco, etc. Y tenemos á centenares de ellos. ¡Esta es nuestra fraternidad! ¿No es mejor que la vuestra?

No hubiera acabado tan presto sus razones mi compañero trabajador, segun el tono de firme conviccion con que se expresaba, ni me cansara yo de oirlas, si no hubiésemos llegado ambos á una encrucijada, en que fué preciso separarnos. Calle arriba venia subiendo en tropel una turba de mozalvetes, cuyos cantares obscenos, que salpicaban de horribles blasfemias, me obligaron á abreviar la despedida. Estrechéle calurosamente la callosa mano á aquel hijo del jornal, bajo cuyo vulgar aspecto se ocultaba un verdadero filósofo, porque era un buen cristiano. Doblé presuroso la esquina, huyendo de la algazara escandalosa que se aproximaba. Era aquello la libertad, igualdad y fraternidad, tales cuales las enseñan al pobre pueblo mentirosos apóstoles que á sabiendas le ciegan y extravían para el logro de sus fines. «¡Qué lástima! he de exclamar para mí. ¿Por qué no han de comprender todos los trabajadores, como mi amigo Anton, en que consiste la verdadera libertad, la verdadera igualdad y la verdadera fraternidad?»

Tú, lector, quien quiera que seas, habrás oido tambien más de dos veces las consabidas palabritas, y sobre ellas habrás oido fundar no se qué pomposos ideales de bienestar social que á boca llena prometen al pobre pueblo sus falsos amigos. No te fies de ellas, como no sea en el sentido en que te las acabo de exponer. Son trampa de Satanás y máscara de horribles delirios. Tal libertad es la peor esclavitud, tal igualdad es el peor de los monopolios, tal fraternidad no lo es sino al estilo de la de Cain. Cree en Dios, respeta la ley, y ama á tu prójimo: he aquí lo único que puede hacerte y te hará libre, grande y verdaderamente soberano. Quien por hacerte tal empiece por predicarte la negacion de Dios, el desprecio de su Iglesia y el odio á la sociedad, te engaña, y sólo quiere el miserable vivir y medrar á tus expensas. Nunca tales predicaciones han dado una hora de paz á tu alma, ni un pedazo de pan á tu familia, ni te han hecho bienquisto de tus conciudadanos, ni te han consolado en la afliccion, ni dado alientos en la desgracia. En cambio han dejado sangrienta huella de crímenes por todas partes donde han pasado, y han lanzado en los horrores de la desesperacion á miles de hermanos tuyos que sin ellas hubieran sido tal vez siempre pobres, es verdad, pero siempre honrados y felices en medio de su pobreza. ¡Huye del club donde se perora sobre este tema! ¡Deja el periódico que lo trae por divisa, ó lo recomienda en sus artículos! ¡Desconfía del que te la venga á soplar á los oídos, para hacerte cómplice de tenebrosos manejos y lanzarte á sendas desconocidas!

¡Libertad, igualdad, fraternidad! Si no son las que trajo al mundo Jesucristo y perpetúa su santa Iglesia, no son sino reclamo de Luzbel y bandera de los ejércitos del infierno.

F. S. y S.

VARIEDADES.

EL ANILLO DE PIO IX.

En 1822 el abate Juan Maria Mastai Ferretti se hospedaba en París en casa de su íntimo amigo el conde de C^{...}, privado á la sazón del rey Luis XVIII.

Veinticinco años despues Luis XVIII habia muerto, Carlos X se retiraba a Ginebra, y Luis Felipe, con sus guantes de algodón y su paraguas debajo del brazo, daba rienda suelta al torrente revolucionario que por segunda vez se desbordaba en Francia y amenazaba inundar la Europa amedrentada. Sólo el abate Mastai, entonces Pio IX, sereno en medio del desquiciamiento general, detenia aquel turbio oleaje a la puerta del Vaticano con aquellas dos solas palabras: *Non possumus.*

En cuanto al conde de C**, su antiguo amigo, descansaba tranquilamente en el cementerio de *Pere Lachaise*, donde ya comenzaban a darse cita los muertos elegantes.

Habia el Conde dejado un hijo heredero de su nombre que sobresalía por su lujo y tambien por sus escentricidades entre la turba aristócrata que con el duque de Hareouat al frente formó años despues en Roma la embajada francesa. Personificaba el joven Conde la nueva edad en que hace algun tiempo ha entrado nuestra aristocracia: ilustre duena que nace en la edad de las superioridades, degenera en la de los privilegios y se extingue en la de las vanidades si no prorrogase su vida la cuarta edad de las ridiculeces. El conde C** era el tipo exacto de esta última época, visto a la luz de la frivolidad parisiense que le prestaba su caracter genuino.

Porque, digase lo que se quiera, la frivolidad es una generacion espontánea de la sangre francesa que se desarrolla lo mismo en el Par del Reino que en el amolador de tijeras. Los ingleses nacen de mal humor; los alemanes colorados de cerveza; los franceses con el pie derecho en primera de baile. Felipe Augusto, al protestar contra los Albigenses, debió hacer (por mas que ninguna crónica lo cuente) las mismas piruetas que hacia últimamente Napoleon III al presentarse en el Consejo de Ministros.

Así, pues, el conde C** sin ser necio lo parecia, y sin ser malo daba muestras de ello: que a tales extremos llevan las preocupaciones y las costumbres introducidas de comun acuerdo por la ociosidad y la opulencia.

Frecuentaba el Conde el Vaticano, y en más de una entrevista particular habiale mostrado el Pontífice un especial afecto que llenaba de vanidad al joven diplomático. Gustaba el santo Pio IX de conversar con él, recordando los años de su juventud, con ese triste placer que experimentan los ancianos al traer a la memoria personas y sucesos de otros tiempos que les marcan, como las huellas que se dejan detrás, el camino recorrido en el desierto del pasado.

No se ocultaba a Pio IX el estado moral del hijo de su amigo, y en más de una ocasion habia intentado exhortarle a la enmienda de su vida y a la confesion de sus culpas. Mas deteniale siempre en este último punto el temor de que por respetos humanos y por cortesia aceptase el Conde falsamente su propuesta y pasase así de pecador a sacrilego; que tan funestos resultados suelen producir a veces la importunidad de un celo indiscreto.

Sondeaba, pues, con sumo tacto, los pliegues de aquella alma, por ver si encontraba en ella rastro de esos nobles sentimientos de la juventud, recto camino siempre para todo lo que es grande y bueno. Mas vió con dolor que era su alma como un arpa rota en que ninguna cuerda dulce puede vibrar.

Precipitabala en el vicio esa fiebre de la razon que la juventud produce con harta frecuencia: el sensualismo la ataba, la indiferencia religiosa la adormecia, y poco a poco estas llagas iban engendrando en ella esa espantosa falta de fé que imposibilita todo arrepentimiento.

No se desanimó por esto Pio IX, y esperó orando y rogando: que el hombre constante para alcanzar espera, y el de fé para lograr ora.

No taró en presentarse ocasion oportuna; murió en Paris la anciana Condesa, madre del Conde, y pronto le llegaron las nuevas de su muerte. Llegaron tambien a Pio IX, que tomando ejemplo del Buen Pastor dejó el aprisco entero por correr tras una oveja. Harto comprendia el Pontífice que el ánimo dolorido tiende a elevarse hácia el cielo y que nunca arraiga mejor la semilla divina que cuando la tierra está regada con lágrimas.

Envió á llamar al Conde, y dióle en una audiencia privada el más sentido pésame; revolvió luego en el corazon de aquel huérfano opulento cuantos sentimientos hay de amor, de dolor, de desengaño, de amargura, de tristísimo abandono moral que muerta su madre le esperaba, y apoyando de repente en su hombro aquella mano que ata y desata, le prometió con la fé de un santo y el tacto de un hombre de mundo aplicar al día siguiente por el alma de su madre el santo sacrificio de la Misa.

Arrasáronsele al Conde los ojos de lágrimas, y conmovido por la bondad y turbado por la honra que le hacia, quedó suspenso y sin decir palabra. Comprendió entonces Pio IX que habia herido en el blanco y dió un paso adelante: invitóle a unir sus oraciones de hijo a las que como padre y amigo le ofrecia, confesando y comulgando con el mismo objeto. Siempre prudente, sin embargo, dejóle abierto un camino por donde pudiese salir airoso del compromiso, si no era de su gusto la propuesta.

Mas con tal ingenuidad la acogió el Conde, y con tal acento de verdad prometió cumplir lo que se le pedia, que alborozado el Pontífice y convencido de que la gracia de Dios triunfaba por su medio, ofrecióse el mismo a oírle en confesion y administrarle al día siguiente en su capilla privada el santo sacramento de la Eucaristia.

A las siete de la mañana, hora en que Pio IX celebraba diariamente confesaba el Conde á sus pies los pecados de su vida. Sacó entonces el Papa de su dedo un anillo negro en que con letras blancas se leia MUERTE. Púsole él mismo en la mano del Conde, mandándole como única penitencia que lo mirase todas las noches antes de dormir y se acordase de Pio IX.

El Conde lo prometió y lo cumplió. Tres años despues entraba en un monasterio.

EL PLACER.

—¿Qué es, dónde está el placer, cómo acaba y dónde empieza?—

Un avaro:—En la riqueza;—

Un joven:—En la mujer;—

Un soldado:—Está en la guerra;—

Un poeta:—En lo ideal;—

Un filósofo:—No tal,

El placer no está en la tierra.

Dice un sabio que es la ciencia

Todo el placer de la vida;

Un gloton:—Es la comida

El placer de la existencia.

Viene diciendo *un cualquier*

Que es placer el divertirse,

Y se le pregunta al irse:

—¿Es divertirse el placer?

Llegan cien otros en pos

Definiendo qué es placer,

Y sin llegarse á entender

Se marchan de dos en dos.

Mas de entre la multitud,

Que va el concurso evacuando,

Dice un cristiano pasando:

El placer es *la virtud.*

MAXIMAS RELIGIOSAS

SACADAS DE LOS SAGRADOS LIBROS.

Quien honra á su padre se alegrará en sus hijos, y en el día de su oracion será oído.

Quien honra á su padre, vida vivirá más larga...

En obra y en palabra y en toda paciencia honra á tu padre, para que venga sobre tí la bendicion de él, y su bendicion permanezca hasta lo último.

La bendicion del padre afirma las casas de sus hijos, y la maldicion de la madre les desarraiga los cimientos.

Libro del Eclesiástico,

Pregunta.

¿Por qué los pobres, para pedir limosna, se ponen con preferencia á las puertas del templo, y no junto á los teatros y otros sitios profanos? Porque tienen experiencia de que el rico sale con más nobles sentimientos de piedad y compasion de la Iglesia, que del teatro, del club ó de la academia.

No puede darse una prueba más práctica de que la Iglesia es la verdadera defensora de los intereses de los pobres. Y sin embargo se quiere apartar á los pobres de la Iglesia pintándosela como enemiga. ¡Cuanta iniquidad!

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada numero ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

	Península.	América.
Una accion.	½ pesetas mensuales.	5
Media id.	2 »	2 50
Un cuarto id.	1 »	1 25
Un octavo id.	50 cénts.	»

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta más por accion. Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo; y en todas las librerias católicas de la Peninsula y Ultramar.